

LOS ESTADOS DESUNIDOS DE AMÉRICA

DANIEL BELL

TRADUCCIÓN DE JORGE BRASH



En el transcurso de los últimos años, las voces de quienes pregonan la decadencia y el ocaso se han vuelto un coro resonante. El poderoso dólar, según el cual se establecen los precios de todos los artículos de consumo, ha caído ostensiblemente frente al yen y al marco. Washington D.C. no tiene solvencia y exhibe el más alto índice de crímenes violentos en Estados Unidos (2, 921 víctimas por cada 100 mil habitantes, frente a 746 del promedio nacional). Edward Luttwak (en un escrito de 1992) pronosticó que Estados Unidos se convertiría en un país del tercer mundo, posiblemente en el año 2020, aunque para el año 2000 "el producto interno bruto por persona del Japón sería el doble del de Estados Unidos, mientras que los países europeos más ricos excederían en 50% a Estados Unidos". En su libro *Arrogant Capital*, Kevin Phillips, columnista ex conservador, escribe a propósito de los años 80: "Los cambios que impusieron el exagerado individualismo, la codicia y la insuficiente preocupación por la sociedad norteamericana, sobrepasaron los límites de la rectitud y la justicia".

El argumento decadentista ha perdido fuerza, al menos por el momento. Hoy se considera que el déficit del dólar y del comercio es un problema del Japón (debido al cierre de mercados, que produce un desequilibrio de las exportaciones). La productividad ha aumentado, lo que explica casi un 70% del aumento acumulado del PIB real en la recuperación, según el Morgan Stanley Bank. La recuperación, que ya lleva cinco años, parece variar de rumbo, aunque ahora se prepara para un aterrizaje suave.

No obstante, siguen firmes las advertencias en lo que se refiere a una decadencia moral. William Bennett, cuyo exhortatorio *Book of Virtues* ha sido un best-seller durante algún tiempo, escribe: "Es pasmosa la manera como la vida en Estados Unidos se ha precipitado en la decadencia durante los últimos 30 años..., han aumentado los crímenes violentos, se han incrementado en 419% los nacimientos fuera del matrimonio, se ha cuadruplicado el índice de divorcios, triplicado el porcentaje de niños que viven en hogares con sólo uno de los padres..., se observa una caída de casi 80 puntos en la prueba de aptitud escolar (SAT). Los liberales, por su parte, nos advierten sobre el abandono en que se ha de-

jado a las ciudades: el deterioro de la infraestructura, la degradación de los servicios sociales, etc.

Para la derecha, somos dos naciones: la moral y la inmoral; una, seguidora de la cultura tradicional, y la otra, de la contracultura. Para la izquierda liberal, Estados Unidos es una sociedad cada vez más dividida por las crecientes desigualdades en materia de bienestar e ingresos, una sociedad que niega oportunidades económicas a los pobres y que aún no supera el racismo latente pero manifiesto en el persistente rezago de la comunidad negra.

¿Qué hacer ante estos dos panoramas contrastantes? Theodore Caplow, sociólogo de la Universidad de Virginia, intenta resumir los datos pertinentes. En su libro *American Social Trends* (1991) identifica cinco cambios modales:

La mengua de la religión y el crecimiento del secularismo.

El abandono de la lectura en favor de la televisión.

La tendencia creciente a mudar de residencia, al punto que se han roto los lazos que ataban a los norteamericanos a sus barrios y vecindades; la gente, desarraigada, se mueve incesantemente de un lugar a otro, de uno a otro estilo de vida.

La carga cada vez más agobiante de los trastornos mentales, la proliferación de problemas psicológicos y conductas autodestructivas.

La aceleración del cambio social; la gente que sufre de "la conmoción del futuro" al afrontar cambios cada vez más veloces (y las precipitadas declaraciones de Alvin Toffler y John Naisbitt).

Al evaluar las repercusiones de estos cambios, Caplow trae a cuento la máxima de Bernard de Fontenelle (1657-1757), pionero del método científico: "antes de buscar las causas de un fenómeno, sería prudente verificar si el fenómeno existe".

La verdad es que no se da ninguna de estas supuestas tendencias. En cuanto a religión, más del 40% de los adultos dicen asistir a los servicios religiosos (frente a 14% en Inglaterra y 12% en Francia); la misma proporción que en los años 40. Más del 90% afirman creer en Dios: igual que en 1947.

En cuanto a la lectura: entre 1975 y 1985, las ventas de libros se acrecentaron 30% y el número de éstos se

duplicó, sin duda debido al aumento del 50% en el ingreso a la educación vocacional.

En cuanto a la movilidad geográfica, es menor que en el siglo pasado y el índice de cambios de domicilio ha sido notablemente estable desde 1950. Cerca de una quinta parte de la población cambia de domicilio en un año determinado y sólo un tercio de esa parte se muda de condado.

Las enfermedades mentales son difíciles de medir, pero buena parte de las conductas anómalas que se observan en la calle se debe a la "desinstitucionalización" de los individuos de los asilos. Los índices de suicidio, que alcanzaron su máximo en 1940 (14.4 por cada 100 mil habitantes), casi no cambiaron (11.4) de 1950 a 1985.

En cuanto a la "aceleración" del ritmo de cambio, la expresión no tiene sentido: un ritmo necesita cierta "medida" y carecemos de cualquier forma de medir el cambio. Un individuo que haya nacido en 1800 y vivido hasta 1860 habrá visto fábricas, ferrocarriles, barcos de vapor, el cambio de la vida rural a la urbana; de 1860 a 1920, la introducción de la electricidad y el teléfono; de 1920 a 1980, el automóvil, los aviones y la televisión, con el acortamiento de la duración de los viajes y la condensación del mundo a una sola aldea universal. La "conmoción del futuro" de los últimos decenios ¿es realmente mayor que para quienes vivieron en épocas pasadas, o se trata de un efecto ilusorio?

Estas no son más que apreciaciones generales, pero ¿qué nos revelará el estudio intensivo de una sola comunidad "típica"? En 1982, un grupo de investigadores encabezados por Caplow reprodujo el célebre estudio de Robert S. Lynd: *Middletown Families: Fifty years of change and continuity* (1982), libro vergonzosamente olvidado por la sociología y la prensa, quizá debido a la impopularidad de sus observaciones.

Middletown es Muncie, Indiana, pequeña población al noreste de Indianápolis que fue el centro comercial de veintidós condados en su mayoría rurales, situada al este de Indiana y el oeste de Ohio, aunque la ciudad misma estuvo dominada por una sola familia, la familia Ball, dueña de los famosos productos de vidrio Ball que se vendían en todo el mundo. Lynd estudió en Middletown primero en 1929 y 1937, y publicó dos libros fundamentales para los estudios sociológicos ulteriores.

De Lynd a la fecha, la población se ha duplicado, de 40 a 80 mil habitantes, se ha desvanecido el dominio de la ciudad por parte de la familia, y aquel puñado de familias ricas cedió el paso a cientos de familias que han hecho fortunas de docenas de maneras diferentes. Sin embargo, lo más sorprendente es la continuidad en la vida cotidiana de la gente.

Los vínculos de parentesco permean a Middletown. Ningún otro nexo vincula directamente a tanta gente

de la ciudad como la familia extensa. "Al rastrear los cambios del decenio de los años veinte al de los setenta, descubrimos que la solidaridad familiar ha aumentado, la brecha generacional es menor, hay más religiosidad y menor movilidad geográfica... En cuanto a las principales características de la vida familiar, la tendencia de las dos generaciones anteriores ha cambiado en dirección contraria a la tendencia que todos perciben y de la que casi todos hablan".

¿Se trata de una anomalía? Como lo señalan los autores:

Las familias de Middletown son bastante parecidas a las familias norteamericanas en general. Lo que hemos descubierto sobre el matrimonio, el divorcio, la crianza de los niños, los quehaceres domésticos, el empleo de la mujer, la propiedad privada, las fiestas familiares, los vínculos de parentesco y la vida amorosa en Middletown no se aparta gran cosa de lo que se sabe del país en general.

¿Cómo explicar entonces la contradicción entre el tremendo panorama de decadencia moral en Estados Unidos que nos pintan Bennett, Gingrich y sus colaboradores, y la sobria imagen de Middletown, pequeña población que describen Caplow y su equipo?

Ninguna de las dos imágenes es completamente falsa, pero yo propondría tres maneras diferentes de ordenar las múltiples diferencias de la vida en Estados Unidos para entender tan violentos contrastes.

En primer lugar, si "restamos" la situación de los negros y las dificultades de las principales ciudades centrales de la nación (todas las cuales tienen más del 50% de población negra e hispana), podremos observar dos países distintos. Entre los negros, la probabilidad de desempleo es más del doble respecto de los blancos; entre los adolescentes, más de cuatro veces. Casi un tercio de los negros, frente a 10% de los blancos, viven por debajo de la línea de pobreza, y esta cifra se cuadruplica entre los niños negros. Entre las mujeres negras, el índice de nacimientos fuera del matrimonio ha subido del 45% en 1972 al 68% en 1992. Alrededor del 23% de los varones negros entre 20 y 29 años están en prisión, en libertad condicional o bajo palabra. Se ha duplicado el número de negros que terminó la vocacional desde 1980, de uno a dos millones, pero sólo constituyen el 12% de una población negra de 17.7 millones, de 25 o más años de edad.

El problema que sobre todo atemoriza a muchos norteamericanos, especialmente en los centros urbanos, es la delincuencia. Lo sorprendente, sin embargo, es que se comete un número apabullante de delitos no entre negros y blancos, sino entre los negros. La mayor parte de los suburbios de Estados Unidos, donde vive la mayoría de los blancos, están relativamente a salvo de la violencia. Y como informó el profesor John J. Di-

lulio hijo, en el número de otoño de 1994 de la revista *The Public Interest*, publicación conservadora, las probabilidades de que un adolescente varón sea víctima de un crimen violento son 6.2 veces las de un adulto blanco, 7.5 veces las de una adulta blanca, 18.8 veces las de un anciano blanco y 37.6 las de una anciana blanca. La desproporción entre la realidad y el temor es enorme y sólo puede explicarse, tal vez, por la insistencia de los medios de información sobre los negros y la delincuencia, sin esclarecer que tales actos delictivos ocurren sobre todo entre la gente de color.

Dadas tales discrepancias, surge la pregunta: ¿es esto el resultado de la continua discriminación en contra de los negros y la falta de oportunidades de empleo, o del círculo cultural de dependencia y desintegración familiar reforzado por el sistema de bienestar social? Ambas cosas pueden ser ciertas, pero ello no contribuye a mostrar la forma en que una propicia la otra. Lo que puede ser importante en estas cifras es que ponen de manifiesto las disparidades entre negros y blancos, si bien ambos grupos pueden estar en la misma vía de cambio social.

En segundo lugar, consideremos los nacimientos de hijos naturales y la desintegración familiar, fenómeno que se ha convertido en la característica más conspicua de la decadencia moral para los conservadores. El primero en indicar el problema fue Daniel P. Moynihan, cuando era Secretario Adjunto del Trabajo en el gobierno de Johnson, en 1965, en su informe sobre "La familia negra". Treinta años después (en *The American Enterprise*, enero-febrero de 1995), el senador Moynihan señala que para el año 2000 el 40% de los nacimientos en Estados Unidos ocurrirán fuera del matrimonio y, para sorpresa de muchos, *las cifras serán las mismas para Inglaterra y Gales*. Al comparar doce sociedades industriales, cinco de ellas —Islandia, Suecia, Dinamarca, Francia y el Reino Unido— tuvieron cifras superiores a Estados Unidos en nacimientos fuera del matrimonio. Seis de ellas —Francia, el Reino Unido, Estados Unidos, Canadá, Australia y Alemania— tuvieron índices casi idénticos en 1960 (entre cinco y seis por ciento), aunque todas las habían triplicado o sextuplicado para 1992.

Es por demás evidente que el divorcio se ha vuelto común en casi todas las sociedades modernas (a excepción del Japón y, oficialmente, España e Italia). En Estados Unidos, sólo el 15% de las mujeres blancas que contrajeron matrimonio a principios de los años cuarenta se divorciaron tarde o temprano, mientras casi la mitad de las mujeres blancas que se casaron a principios de los setenta ya se habían divorciado. En total, hoy se ha divorciado el 30% de las mujeres de Estados Unidos. Pero casi la mitad de ellas se ha vuelto a casar en los cinco años subsiguientes al divorcio. Así pues, si bien la gente se divorcia, también vuelve a casarse. Las

familias en que ambos padres están juntos constituye el 83% de los hogares (en contraposición a la mitad de las familias negras). Y si mantener los valores familiares es la divisa de toda causa conservadora, también es cierto que de los últimos siete presidentes de Estados Unidos, sólo uno era divorciado: Ronald Reagan, con hijos de ambos matrimonios —ante los que era indiferente. (Tampoco asistía jamás a la iglesia.)

De manera que la pretensión de poner a Estados Unidos como ejemplo de decadencia moral, ante el aumento de nacimientos fuera del matrimonio y por la "desintegración" familiar, se desmorona a la vista de situaciones similares en todos los países de Europa occidental, ya sean católicos o protestantes. Ha ocurrido un cambio considerable en la más importante de las instituciones sociales que conocemos: el matrimonio ha dejado de ser un sacramento para convertirse en una elección —lo que para muchos significa libertad (y también, a veces, irresponsabilidad).

En tercer lugar, puede ser más ilustrativo observar los principales cambios estructurales que se han dado en la sociedad norteamericana durante los últimos veinte años. Actualmente, la de Estados Unidos es una economía claramente postindustrial. Si bien la participación en el producto interno bruto de los productos manufacturados se ha mantenido constante a lo largo de los decenios (alrededor del 20%), el trabajo fabril ha pasado del 27% de la fuerza laboral en 1970 al 18% en 1990, y se reducirá hasta cerca del 12% en el año 2000. Más del 75% de la fuerza de trabajo se concentra en los servicios (desde los personales, hasta los de salud, de educación y empresariales). El resto está en el transporte, las minas, la construcción y la agricultura (la cual emplea menos del dos por ciento de la fuerza de trabajo).

La naturaleza misma de los productos manufacturados se ha modificado. En el campo ha habido un descenso en la industria pesada y un desplazamiento hacia la de los microchips y las computadoras. La economía mundial ha asistido a la expansión de lo que he llamado "distribución de la manufactura". La mayor parte de las compañías minoristas (como Reebok o The Gap) producen en más de 40 países diferentes, para poder responder rápidamente a las variaciones de estilo y a los informes sobre los diferentes puntos de venta.

El movimiento sindicalista se ha contraído considerablemente, desde su apogeo de casi 40% de la fuerza de trabajo durante la posguerra, hasta poco más del 11% en nuestros días. Lo que es más significativo: los sindicatos industriales más importantes se han venido abajo: el de los trabajadores del acero, de un millón de miembros en 1980 a 420 mil el día de hoy; los trabajadores de la industria del automóvil, de 1.5 millones a menos de la mitad. Los aumentos al salario, que en 1980 promediaban ocho por ciento al año, durante ca-

si un decenio han promediado menos del tres por ciento. En consecuencia, los costos en estas industrias han permanecido estables; los salarios, con la inflación, han disminuido. Todo esto ha sido evidente durante cierto tiempo.

Lo que se ha notado menos es la ola que golpeó a la sociedad norteamericana durante este decenio y que se resume en una estadística elocuente: en la recesión de 1991-1993, más del 45% de los desempleados eran trabajadores de oficina, el doble de la recesión ocurrida diez años antes. Tradicionalmente, durante una recesión, era el obrero contratado por hora el que se quedaba sin trabajo, no el personal asalariado técnico y administrativo. Y cuando el obrero se quedaba cesante, podía recurrir a su familia en caso necesario, o a sus allegados. Pero el individuo que proviene de una familia trabajadora frecuentemente ha roto con tales vínculos o resulta para él humillante solicitar ayuda —especialmente cuando está por vencerse la hipoteca de la casa o el automóvil. Hoy día un problema candente es el de la seguridad en el trabajo para la clase media. Muchos de los empleados administrativos y técnicos que perdieron su empleo han encontrado nuevas colocaciones. Sólo que los nuevos empleos están sobre todo en empresas más pequeñas y especializadas sujetas a una fuerte competencia, de modo que resultan bastante inseguros.

Otra ola ha sido la contracción de las grandes compañías —de computación, telecomunicaciones, finanzas y ventas directas— al quedar atrapadas en las corrientes descendentes del ciclo tecnológico. Y esto afecta no sólo a los empleados administrativos de dichas compañías, sino también a quienes les prestan servicios. De lo más elocuente al respecto es la experiencia dada a conocer durante la décima reunión de la generación 1985 de la Escuela de Derecho de Harvard. De la generación de diez años antes, casi todos los titulados que habían entrado a trabajar en compañías grandes o medianas se habían hecho socios al cabo de diez años. En la generación de 1985 sólo hubo 15% con esa categoría.

El secretario de la generación informó: "Yo diría que tal vez la mitad de la generación está aún, por así decirlo, en estado de transición". Como señala un comentarista: "se sienten atrapados y no saben a dónde van sus carreras. Muchos de ellos nunca habían experimentado el fracaso y creían que el privilegio que les daba su título significaba una renta vitalicia". (*The Wall Street Journal*, 8 de mayo de 1995).

Cada generación de norteamericanos ha esperado poder ofrecer a sus hijos una vida mejor que la que ella tuvo. Lo que los angustia es que eso ya no ocurre. Y lo que estamos viviendo no es el temor a la "proletarización" que hizo naufragar a la clase media alemana de los años treinta, sino el miedo a despertar del "sueño americano".

Las complejidades del proceso político de este país no pueden comprenderse si antes no se reconoce una situación casi privativa de Estados Unidos: el que su Presidente sea tanto el Jefe de Estado (función simbólica) como el Jefe del Gobierno (función política). Y esto se imbrica con una relación electoral oscurecida por la estructura formal del gobierno. En la relación del Presidente con el Congreso, Estados Unidos ha sido un "sistema dual". Parafraseando a Albert Hirschman, el Presidente representa las pasiones; el Congreso, los intereses.

Pero los modelos están cambiando. Lo que ahora vemos es la "nacionalización" de la política, donde votar por el Congreso no sólo se convierte en un asunto de grupos de interés, sino en un "referendum" sobre el Presidente. Una de las razones de esto es la actitud de reserva del electorado respecto de Clinton (quien fue electo por sólo el 43% de los votos), actitud debida a las dudas sobre el "carácter" del Presidente. Pero el asunto más importante y difícil es que ahora sea la economía, ya no la cultura, el factor de división social, el cual se expresa en la política —quizá como un desplazamiento de los individuos motivado por la zozobra ante su futuro.

Un lado de la moneda es el agotamiento del liberalismo del Nuevo Pacto, que dominó la política norteamericana durante cincuenta años. El liberalismo se basaba en dos premisas: los programas de crecimiento económico y la creación de un estado de bienestar social. La cota superior de la primera fue la serie de grandes reducciones de impuestos durante el gobierno de Kennedy, la cual produjo, por un lado, un cuantioso superávit en el presupuesto y, por el otro, debates tipo Alicia en el País de las Maravillas (según vemos ahora) sobre cómo gastar los dividendos que, al decir del gobierno, seguirían obteniéndose indefinidamente. Incluso Richard Nixon decía: "ahora todos somos keynesianos", y no hizo nada por reducir el gasto en bienestar social. No obstante, los cambios estructurales de la economía norteamericana han debilitado la creencia en los programas fiscales keynesianos para fomentar el crecimiento económico.

En vista del enorme déficit a que dio lugar la economía de reducción de impuestos, implantada por Reagan, y la renuencia del gobierno a reducir gastos en empresas particulares, hay consenso en cuanto a que debe reducirse el presupuesto para bienestar social y limitarse las partidas presupuestales. Los republicanos acusan a los demócratas de tener programas económicos de "guerra de clases"; tal acusación carece de sustento. La causa de la redistribución del ingreso es una causa perdida.

En la "izquierda" del partido demócrata, quienes hablan más alto han insistido en la política de identi-

dad, ya sea racial, de género, sexual, o étnica. Esto significa no sólo la expansión de los derechos de la mujer, sino la de homosexuales y lesbianas, el multiculturalismo, los estudios étnicos en las universidades y la revaloración de la historia de Estados Unidos así en los museos como en las escuelas.

En la derecha, sin embargo, los problemas "sociales" del aborto, la oposición a los derechos del homosexual, la educación religiosa, los "valores familiares", la delincuencia y los hijos naturales, la libertad individual definida como el derecho a poseer armas, han venido a ser el apabullante programa del Partido Republicano. Detrás de ese movimiento está la Coalición Cristiana, frente político formado por grupos fundamentalistas y evangelistas que adquirió importancia hace diez años cuando se colocó a la cabeza de la Convención Bautista del Sur, la mayor de las organizaciones protestantes del país, con más de 15 millones de adeptos.

La Coalición Cristiana es la fuerza predominante del Partido Republicano en unos dieciocho estados, donde suele controlar los comicios primarios Pat Robertson, la figura más poderosa de la Derecha Cristiana, predicador fundamentalista que combina en sus homilias las conspiraciones mundiales dirigidas por los banqueros (y detrás de ellos, en sus escritos, los banqueros judíos) con el cultivo del apoyo intelectual de los neoconservadores y fervientes declaraciones de apoyo al estado de Israel.

Mucho de esto era evidente hace quince años. En el número de enero de 1981 de la revista *Commentary*, su director, Norman Podhoretz, escribió que la elección de Ronald Reagan se debió a una "ola de disgusto cultural" por la "nueva cultura" representada por el movimiento en pro de la "liberación de los homosexuales y el aborto", y que Reagan era la persona "idónea" para "reconstituir la nueva mayoría que Nixon había procurado sacar a flote, aunque nunca tuvo la oportunidad de consolidarla".

Pero Reagan nunca lo hizo. Aunque le dio atole con el dedo a la causa del aborto, su equipo político consideró que darle realce a los "problemas sociales" lo habría puesto en peligro de destrucción. Así que se propusieron vencer a los demócratas haciendo hincapié en la reducción de los impuestos y concentrándose en asuntos de política exterior —como el ejercer presión sobre la Unión Soviética mediante la Guerra de las Galaxias y colocar proyectiles nucleares en Europa Central—, al igual que alentando a los "contras" de Nicaragua mediante el recurso de pertrecharlos secretamente con armamento.

Con todo, hoy los "problemas sociales" han adquirido la mayor importancia. Las primeras medidas del gobierno de Clinton para hacer frente al asunto de los homosexuales en el ejército dieron pie a la coalición de las derechas. Hoy día los principales candidatos repu-

blicanos para la planilla de 1996, los senadores Dole y Gramm, declaran que los "problemas sociales" están entre sus preocupaciones prioritarias.

Otros candidatos, como el gobernador Pete Wilson de California, si bien se muestran cautelosos respecto de los "asuntos sociales" evidentes, han introducido manzanas de la discordia para dividir a los demócratas y sacar provecho de las preocupaciones del electorado, como la inmigración ilegal en California. Se estima que hay 1.4 millones de residentes ilegales en el estado, con derecho a educación y servicios médicos de urgencia. El costo de esos servicios (incluida la cárcel, toda vez que, en California, de cada cinco reclusos uno es extranjero susceptible de deportación) asciende aproximadamente a 175 mil millones de dólares anuales.

En noviembre, la Propuesta 187, que pedía la deportación de todo residente ilegal y que se negaran los servicios públicos a todo extranjero en regla que no hubiese solicitado la ciudadanía, fue aprobada por una diferencia de 59 a 41 por ciento. El año que viene, la CCRI (Iniciativa de Derechos Cíviles de California) votará porque se ponga fin a las medidas oficiales para mejorar las oportunidades de educación, trabajo y bienestar para las minorías. En un estado donde a 5 000 aspirantes varones (cifra estimada) se les ha informado que no podrán presentar el examen de aspirantes al Departamento de Bomberos de Los Ángeles en tanto no se alcancen las metas de contratación de minorías y mujeres, la CCRI se ha convertido en una manzana de la discordia.

De estos asuntos pocos son los que se discuten con serenidad. Las opiniones se expresan en términos acalorados y descomedidos, sobre todo en los programas radiofónicos de opinión y con teléfono abierto. Las voces de los conductores y de quienes llaman son estridentes. Los participantes procuran exponer secretos que los medios de difusión convencionales no "se atreven" a revelar. Si así no fuera, ¿a quién le importaría escuchar el programa?

Rush Limbaugh, que dispone de tres horas diarias al aire, cinco días por semana, con un auditorio de alrededor de 20 millones de personas, al menos una vez a la semana, en 684 estaciones de radio, ridiculiza a los liberales tildándolos de "ecologistas pirados", "feministas", "lilos pacifistas atascados, gredudos agusanados", y a la "despistada izquierda hollywoodense". Huelga decir que sus blancos principales son el señor y la señora Clinton, así como los "medios de información liberales de elite", incluidos los noticiarios televisivos y la revista *Time*.

Mucho de esto se remonta hasta las profundidades del populismo nativista de los años ochenta, el movimiento sociopolítico de los granjeros pobres y desposeídos que veían la causa de su infortunio en quienes manejan el capital y en el imperio del oro —lo que no

deja de ser irónico, pues la panacea de muchos teóricos monetaristas conservadores de hoy es volver al patrón oro como fuente de estabilidad económica. Los políticos más destacados del sur, desde Tom Watson de Georgia, William Jennings Bryan (candidato demócrata a la presidencia en 1896), hasta Huey Long de Luisiana y George Wallace de Alabama (tercer contendiente por la presidencia en 1976, que se mofaba de los intelectuales llamándolos "intelectualoides"), eran populistas.

Muchos de los temores populistas se plasmaron por vez primera en *Caesar's Column*; novela de Ignatius Donnelly, uno de los libros más leídos en el último decenio del siglo pasado, junto a *Looking Backward*, novela utópica de Edward Bellamy. En la de Donnelly, un viajero —cien años después— se encuentra en Nueva York: milagro tecnológico. El narrador llega en una aeronave y la ciudad está tan bien iluminada que la vida transcurre ininterrumpidamente día y noche. Las calles tienen techo de vidrio, aire acondicionado y un silencioso sistema subterráneo de trenes eléctricos. Pero la ciudad es gobernada por un consejo de plutócratas despiadados que usan dirigibles desde los cuales arrojan gases tóxicos sobre los levantamientos populares. Una organización revolucionaria secreta, la Hermandad de la Destrucción, encabeza un levantamiento que destruye la ciudad y un grupo de salvación escapa a Uganda para fundar un estado cooperativo cristiano donde los intereses monetarios están prohibidos y se establece un programa populista equitativo para el uso de la tierra.

En 1995, una bomba de fertilizantes químicos destruye un edificio federal y mata a cientos de personas. Un grupo siniestro llamado La Organización ha lanzado sus primeros ataques para derrocar el Sistema. Pero esto también es ficción, un panfleto intitolado "Los diarios de Turner", escrito en 1978 por William Pierce, físico de 63 años que abandonó la universidad para emprender una cruzada contra los negros y los judíos. Se han vendido cerca de 200 mil ejemplares del panfleto al margen de las librerías principales. Sólo que éste es también el tema de La Milicia de Montana, grupo paramilitar capitaneado por John Trochmann, principal distribuidor de propaganda conspiratoria del movimiento miliciano. Su llamado a las armas y a la resistencia se funda en la creencia de que las Naciones Unidas están formando un nuevo gobierno mundial, y que una vez establecido, sus agentes, entre ellos el presidente de las Naciones Unidas, suspenderán las garantías constitucionales, impondrán la ley marcial e incautarán las armas de los particulares.

Coincidencias literarias, verdad y ficción, fantasías paranoides, grupos armados que se forman en una docena de estados —todo esto es un conjunto de apariciones que se vuelven realidad al estallar la bomba en el

edificio federal de la ciudad de Oklahoma el pasado mes de abril. Resulta demasiado fácil, y erróneo, de responsabilizar incluso a los políticos boquiflojos de los puntos de vista y actos de los extremistas de derecha o izquierda, ya sea a George McGovern por los desquiciados extremistas de izquierda que bombardearon universidades y asaltaron bancos (tiende a olvidarse la magnitud de estos ilícitos), o a Newt Gingrich por los berrinches de la derecha radical que dispara contra oficiales federales por considerar que éstos atentan contra su "libertad" al hacer cumplir la ley contra la invasión de la propiedad federal.

Lo que resulta difícil es la politización de los asuntos sociales y culturales ya que, por su naturaleza, no son negociables y tienden a polarizar a la sociedad. Lo que salva al sistema de gobierno norteamericano es que ha procurado evitar esa polarización. Durante casi 80 años, de 1870 a 1950, el problema que acosó a la sociedad norteamericana fue la "guerra de clases" por el asunto del trabajo; podríamos citar docenas de indicadores, desde el número de veces que se recurrió al ejército, el número de individuos muertos, las plantas dinamitadas y casos por el estilo. Pero lo que empezó siendo una ideología acabó como un interés, y como tal se volvió negociable, conforme a derecho, en subasta colectiva entre postores privados.

Lo que ahora importa es si pueden "privatizarse" estos asuntos culturales, al igual que se trata de privatizar las actividades económicas del gobierno y reducir así los escenarios posibles de conflicto. Si los asuntos morales y culturales no pueden privatizarse, el país puede verse en problemas interminables, sobre todo cuando los políticos y los conductores de programas radiofónicos de opinión se empeñan en explotar los sentimientos y emociones de la gente sincera.

Sería ingenuo decir que un país que ha vivido tanto tiempo y tan a gusto bajo la constitución vaya a sucumbir por problemas culturales —si bien una enmienda constitucional alguna vez intentó regular la cantidad de alcohol que puede consumir un individuo, hasta que dicha prohibición fue abrogada por otra enmienda constitucional. Pese a lo que diga cierta retórica iracunda, no hemos llegado a la situación de *Apocalipsis hoy*. Aunque no existe paz social. La bomba que estalló en el edificio federal de la ciudad de Oklahoma, y que aterrizó a la nación, puede tener el efecto de desplazar el discurso político —aunque tal vez no las diferencias— hacia el centro político. El tiempo lo dirá. Lo que queda, sin embargo, son los temores de la clase media, tema que nos hace regresar a la economía, cual debe ser. Si quienes creen que vivimos la decadencia están equivocados, como me lo parece, podemos abrigar, con alguna reserva, cierta esperanza. ▀